

Poetas en el Jardín de los Mártires

GRANADA CIUDAD DE LITERATURA



IV Premio Internacional de Poesía Ciudad de Granada 2007

Francisco Brines (Oliva, Valencia, 1932) pertenece a la llamada Generación del 50, junto a poetas como Ángel González, José Ángel Valente, Jaime Gil de Biedma o Claudio Rodríguez.

Estudió derecho en las universidades de Deusto, Valencia y Salamanca y cursó estudios de Filosofía y Letras en Madrid. Fue profesor de español en la Universidad de Oxford y en 2001 se le nombró miembro de la Real Academia Española.

Su obra poética se caracteriza por un intenso tono elegíaco y por una constante reflexión sobre la fugacidad y el paso del tiempo. Entre sus libros publicados destacan *Las brasas* (1960, Premio Adonais), *Palabras a la oscuridad* (1966, Premio de la Crítica), *Aún no* (1971), *Insistencias en Luzbel* (1977), *El otoño de las rosas* (1986, Premio Nacional de Literatura) y *La última costa* (Premio Fastenrath).

En 1999 fue Premio de las Letras Españolas, en 2007 fue galardonado con el IV Premio Internacional de Poesía Ciudad de Granada Federico García Lorca y en 2010 recibió el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana.



Los veranos

¡Fueron largos y ardientes los veranos!
Estábamos desnudos junto al mar,
y el mar aún más desnudo. Con los ojos,
y en unos cuerpos ágiles, hacíamos
la más dichosa posesión del mundo.

Nos sonaban las voces encendidas de luna,
y era la vida cálida y violenta,
ingratos con el sueño transcurríamos.
El ritmo tan oscuro de las olas
nos abrasaba eternos, y éramos sólo tiempo.
Se borraban los astros en el amanecer
y, con la luz que fría regresaba,
furioso y delicado se iniciaba el amor.

Hoy parece un engaño que fuésemos felices
al modo inmerecido de los dioses.
¡Qué extraña y breve fue la juventud!

(De *El otoño de las rosas*, 1986)



Mis dos realidades

Era un pequeño dios: nací inmortal.

Un emisario de oro
dejó eternas y vivas las aguas de la mar,
y quise recluir el cuerpo en su frescura;
pobló de un son de abejas los huertos de naranjos,
y en torno a tantos frutos se volcaba el azahar.

Descendía, vasto y suave, el azul
a las ramas más altas de los pinos,
y el aire, no visible, las movía.

El silencio era luz.

Desde el centro más duro de mis ojos
rasgaba yo los velos de los vientos,
el vuelo sosegado de las noches,
y tras el rosa ardiente de una lágrima
acechaba el nacer de las estrellas.

El mundo era desnudo, y sólo yo miraba.

Y todo lo creaba la inocencia.

El mundo aún permanece. Y existimos.

Miradme ahora mortal; sólo culpable.

(De *Insistencias en Luzbel*, 1977)

